

ñana por la mañana... — Desítese, pues, de la marcha, y envíase orden á los brigaderos de volver á subir á *Cabo Negro* las acémilas con las tiendas, para acampar en el mismo sitio que anoche y anteanoche.

En esto comenzó á llover... ; y no digo más! — ; Mientras fué la orden á la playa y los equipajes tornaron á *Cabo Negro*, pasaron cinco horas..., todas de viento y lluvia,—y de absoluta *dieta*, á contar desde las seis de la mañana!

Pero estamos ya tan acostumbrados á mojar-nos y á no comer, que á nadie se le ocurrió preferir ni una sola queja.—El que llevaba espada se apoyó en la espada, y el que tenía fusil se apoyó en el fusil, y de este modo aguantamos de pie derecho, inmóviles y silenciosos, aquellas cinco horas de hambre y agua, durante las cuales debió de ponerse el Sol, llegó la noche, salió ó debió salir la Luna, perdióse por la nublada atmósfera, y aun nos quedó tiempo de pensar en un millón de cosas presentes y pasadas, y quién sabe si también futuras...

Llegaron, por último, las tiendas.—Cada uno había procurado hallar el sitio que ocupó la suya ayer y anteayer; plantáronse todas casi sobre las huellas que dejaron esta mañana, y hay hombre que se considera feliz en este momento sólo de pensar que ya no le entra el agua por el cuello y le sale por los pies, como le ha sucedido toda la tarde.

En cambio, víveres, ropas, suelo, tiendas, camas, todo está chorreando...—; Dios nos lo tome en cuenta! — ; Y agradecédmelo vosotros también; pues tal es la situación en que os escribo, á las doce y pico de la noche y en lo alto de *Cabo Negro*, para que no os falten noticias de nuestras aventuras de hoy!

XXIX

Bajamos á la playa.—Vista general de *Tetuán*.
Fuerte Martín.—Campamento de *Guad-el-Jelá*.

17 de Enero.

San Antón..., gran fiesta popular en toda España.

(Los soldados celebraron anoche sus vísperas encendiendo dobles hogueras: una, para atender á las necesidades del Campamento; la otra, para seguir la costumbre de la Patria...)

A las cinco todo el mundo está ya de pie, y todas las tiendas por el suelo.

Cárganse de nuevo los equipajes, y, al amanecer, nos encontramos como ayer á la misma hora: con la casa en camino, y nosotros vivaqueando junto á las hogueras, sobre la montaña que ha dejado de ser nuestro Campamento.

Los puentes para la Artillería están concluidos, y nada nos impide salir para la playa...

Así las cosas, ; empieza á llover á cántaros!

Recíbese contraorden: mándase volver pies atrás al convoy de equipajes, y plántanse por tercera vez las tiendas en el mismo sitio que pensábamos abandonar.

; Esto es ya demasiado!

.....
A las diez escampa: múdase el viento; rómpense las nubes, y aparece el Sol...

Las cornetas tocaron otra vez *orden general*.

—; *Abajo las tiendas, y en marcha!*—repítense por todas partes.

; *Vuelta á la misma operación!*—Los asistentes toman el cielo con las manos...— Pero luego acaban por echarlo á broma.

Partimos al fin.

El terreno, pantanoso y blando de suyo, está casi intransitable á causa de tan recientes aguaceros.

Salimos de Escila y entramos en Caribdis; dejamos la montaña y nos metemos en los pantanos.—¡El teatro de esta maldita Guerra no puede ser más dificultoso!

Yendo y viniendo, bordeando lagunas y hundiéndose, sin embargo, en lodo los infantes hasta la rodilla, llegamos, por último, á la playa, por el punto en que desemboca en el mar cierto río que unos llaman *de la Judería* y otros *El-Lit*.

Entra este río en el mar tan suave y desmayadamente, que la mejor manera de vadearlo es como nosotros lo hacemos, metiendo los caballos en las olas del Mediterráneo y trazando un ancho semicírculo hasta encontrarnos á la otra orilla de la mansa corriente.—Esta cabalgata por en medio de las saladas ondas me recuerda el milagroso paso del mar Rojo.

Pero aquí no hay prodigio alguno. La playa de *Tetuán* es tan suave, y la mar se encuentra hoy tan en calma, que los caballos se mojan apenas las cinchas.

Una vez al otro lado de este río, sepáranos del muy caudaloso *Martín* ó *Guad-el-Jelú* una playa ancha, seca y lisa, que bien tendrá media legua de largo.

Yo parto al escape. ¡Desde *Fuerte Martín* debe de verse á *Tetuán* entero, y aun puedo disponer de una hora de Sol!...

El arenal que recorro está limitado á la derecha por murallas de pitas, tan elevadas y espesas, que me ocultan completamente el llano. A la izquierda, en la orilla del mar, empiezo á ver las *baterías enterradas* ó *rasantes* que habían construído los... Moros para evitar nuestro desembarco en esta playa,

Las tales baterías (á juicio de los inteligentes) son de primer orden. Las empalizadas, el foso, las aspilleras, todo revela que los *ingenieros* que han dirigido estas obras se hallan al corriente de los últimos adelantos del arte militar europeo...

¡Tanto mejor..., supuesto que no han servido para nada!

A las cuatro y media llego, por último, á *Fuerte Martín*.

.....
Hasta ahora he tenido la paciencia de no mirar ni una sola vez siquiera hacia Poniente, á fin de ver á *Tetuán* de una sola ojeada, completamente descubierto, en toda la plenitud de su hermosura.

¡Es el momento!... ¡Vuélvome de pronto, y surge ante mi vista toda la ciudad, como á legua y media de distancia!

¡Hela allí!—Ahora no la ocultan ni los montes ni la niebla... ¡Hela allí desvelada, entera, desnuda, sorprendida en medio de su sueño!

¡Yo no he contemplado jamás, ni creo que haya en el mundo, ciudad tan vistosa, tan artísticamente situada, de tan seductora apariencia!—Engarzada, por decirlo así, en dos verdes colinas de perezoso declive, ella las reúne y encadena cual broche cincelado de refulgente plata. ¡Nada tan puro como las líneas que proyectan sus torres sobre el cielo de la tarde! ¡Nada tan blanco como sus casas cubiertas de azoteas, como sus muros, como su Alcazaba! ¡Parece una ciudad de marfil! Ni una sombra, ni una mancha, ni una tinta oscura interrumpe la cándida limpieza de su apiñado caserío. Desde aquí se la ve en perfecta silueta sobre el horizonte, trazando una larga y estrecha línea que ondula á merced del terreno. Y esta ondulación es tan lánguida y graciosa, que se pudiera comparar á

la que formaría un chal blanco tirado al desgaire sobre un monte de esmeralda.

Materializando más mi descripción, todavía encontraréis sumamente poética la codiciada ciudad al imaginárosela en lo alto de la llanura; defendida por una cadena de erizadas rocas; dominada por la Alcazaba; ostentando un altísimo y elegante alminar, que sobresale entre otros muchos, como entre los mimbres el ciprés; teniendo á sus plantas, escalonadas en anfiteatro, mil pintorescas huertas, que parecen rendirle pleito homenaje; iluminada intensamente por el Sol moribundo, que se pone detrás de ella, ciñendo á su sien una aureola de enrojecida lumbre; silenciosa, ignorada, dormida aún en la noche de los siglos, con la blanca bandera de Mahoma sobre su cabeza, como yacía Granada hace cuatrocientos años; como por mucho tiempo ha de yacer todavía la inexplorada Fez, hija preciada del Profeta...

Debajo de *Tetuán* divisase el Campamento enemigo, como bandada de palomas posada en los verdes árboles de las huertas.—Allí lo han plantado definitivamente, después de levantarlo tantas veces delante de nuestros pasos...

Esa será ya su última etapa, su última posición...

—Cuando se vean forzados á alzar otra vez el vuelo, *Tetuán* caerá en nuestro poder.

Después de contemplar largo tiempo la ciudad y la llanura, doy un paseo, lápiz en mano, por los alrededores de *Fuerte Martín*, examinando minuciosamente todos los parajes y objetos que excitan mi curiosidad.

Primeramente subo á esta torre, que tantas veces se ha nombrado de dos meses á esta parte...

Fuerte Martín es un castillejo de graciosos contornos, sólidamente construído, y situado de

manera que defiende la boca de la ría.—No tiene puerta, y súbese á él por una escala de cáñamo colgada de una estrecha ventana del que pudiéramos llamar *segundo piso*, artillado con siete piezas de hierro, antiguas y raras, cuyas cureñas no se parecen á las de Europa.—Dos barriles de pólvora, uno de aceite, varias cajas de municiones y muchísimos cartuchos de artillería, ocupan las reducidas habitaciones de la fortaleza.—Por todas partes vense huellas de los dos bombardeos que ha sufrido últimamente. Escombros y cascotes de granada, balas de grueso calibre, materiales que han sobrado de las recientes obras, y muchos papeles de cartuchos quemados, cubren el suelo en las cercanías del melancólico *fuerte*, desde cuyas almenas habrán amenazado tantas veces al Mediterráneo los temidos corsarios tetuaníes...

Un *cáрабо en construcción*, que encuentro tendido en un arenal lindante con el río, recuérdame también mil y mil piraterías leídas en historias ó en periódicos.—La nave moruna está apenas medio armada, y ofrece ya aquel aspecto de agilidad y fuerza que encontramos en un polluelo de buitre aun no cubierto de plumas.

Cerca de *Fuerte Martín* hay otro edificio, que ya hemos divisado desde lejos.—Efectivamente, es un *Almacén*, como nos dijeron anteayer mañana.—La forma y materiales de su construcción son completamente europeos. La albañilería, la carpintería y la herrería han hecho aquí puertas, paredes, rejillas, techos y pavimentos iguales en todo á los de Andalucía la Alta.—Dentro de este *Almacén* se han encontrado doce tiendas cónicas con adornos azules, y una cantidad de leña.

En cuanto al río *Martín* ó *Guad-el-Jelú* (río dulce), nada de particular tengo que contaros, pues no presenta ningún accidente que lo dis-

tinga ó embellezca.—Es muy ancho en su desembocadura; ancho también y caudaloso antes de amargar sus aguas; corre sosegadamente entre dos márgenes lisas, bajas y desprovistas de árboles ó malezas, y no lanza ni el más leve gemido al abandonar la tierra en que nació.

.....
 Conque basta por hoy de observaciones, que tiempo tendremos de estudiar todas estas comarcas palmo á palmo.

Hablemos ahora de asuntos de casa.

Los jefes de Estado Mayor señalan en este instante á cada Cuerpo el lugar en que han de plantar sus tiendas.

El Cuartel General se situará al pie de *Fuerte Martín*.

A su derecha, el SEGUNDO CUERPO (esto de la derecha y de la izquierda entiéndase mirando á *Tetuán*).

Delante de uno y de otro, la Artillería y la Caballería.

Más arriba, el TERCER CUERPO.

Y á la derecha de éste, la DIVISIÓN DE RESERVA.

El general Ríos ocupa ya la *Aduana* con sus ocho Batallones.

Es decir, que nuestro Campo está defendido: á retaguardia, por el mar; al flanco derecho, por la Artillería; al izquierdo, por *Río Martín*, y á vanguardia, por la *Aduana*, por las trincheras que construirá el TERCER CUERPO, y por un *Reducto* que se ha de levantar en el ángulo que ocupa la RESERVA.

Todo esto me parece muy bien. Cuidemos, sin embargo, de que mi tienda tenga vistas al mar, á *Tetuán*, ó cuando menos al río *Martín*, y, para ello, hagamos un poco la corte al general García.

XXX

Historia de un hispano-africano.—Soy trasladado al Cuartel General.—El *Valle de Tetuán* antes de la Guerra.—Costumbres moras.—La *Aduana*.—El *Cementerio Cristiano*.—; Los Moros tienen cañones!

Campamento de Guad-el-Jelí, 18 de Enero.

La casualidad, mi buena suerte, y algo también de mi activo empeño por adquirir noticias acerca de la vida de los Marroquíes, me han proporcionado un verdadero tesoro de datos y conocimientos, al par que un inmejorable *cicerone* para andar por este país como Pedro por su casa.

Estoy asombrado de mi felicidad.—Felicitaos también vosotros, pues hoy mismo vais á saber más cosas del *Valle de Tetuán* que todos los geógrafos, historiadores y viajeros habidos y por haber, y á oír una explicación histórica de cuanto aquí existe, como no podrán hacéroslo ni los periódicos, ni los partes oficiales, ni ninguno de mis compañeros de expedición.

Es el caso que acabo de conocer y de alojar en mi tienda á un *antiguo Español* (no renegado), que ha vivido siete años en *Tetuán*, dedicado al comercio de ganado, trigo y lanas; dueño de tres faluchos, que paseaban diariamente por la ría; amigo de los Gobernadores y Administradores del Sultán; protegido por ellos constantemente..., aunque no de balde; conocedor del árabe como del castellano; relacionado con los principales Moros y Judíos de la ciudad; propietario de una magnífica casa en la *Judería*, y dueño de una hermosa mujer (andaluza por señas), y de tantos caballos, camellos, bueyes, ovejas, tiendas de campaña, dependientes, criados, huertas y jardines, como un bajá de tres colas...

Santiago (que así se llama mi hombre) fué ma-

rino en su juventud y hacía el comercio entre Ceuta y la Península. No sé qué Comandante General de aquella plaza lo envió hace muchos años á *Tetuán* á ver si podían establecerse relaciones mercantiles entre ambas ciudades para proveer de víveres baratos la guarnición de Ceuta. Santiago penetró denodadamente en este desconfiado país; halló que era imposible plantear dicho comercio á la luz del día y en forma regular, por la repugnancia de los Moros á tratar con España: participóselo así al Comandante General de Ceuta, y ya no se pensó más en el asunto.

Pero Santiago no es hombre que pierde su tiempo ni que se ahoga en un vaso de agua. Como buen andaluz, tenía lo que suele llamarse *dón de gentes*; como habitante de Ceuta, conocía á las mil maravillas el carácter de los Moros y aun chapurraba el árabe, y como negociante y mercader nato, tenía manga ancha en materias religiosas. Así fué que aprovechó su viaje á *Tetuán* para trabar conocimiento con algunos comerciantes Hebreos, Argelinos y hasta Marroquíes; hizo varios regalos á las autoridades y al Administrador de la *Aduana*; besó á los niños; oyó con admiración á los viejos; sentóse, fumó y tomó café á la oriental; habló de las muchas cosas, agradables al paladar y á la vista, que podía traer de España; no demostró intención de llevarse nada de Marruecos; elogió el caballo de éste, la espingarda de aquél, la musculatura de uno, la noble barba de otro; y, en consecuencia de todo ello, los serios y respetables hijos del Profeta le dijeron, con cierta cariñosa solemnidad:—“*Santiago querer venir, Santiago poder venir. Moro y Santiago estar amigos.*”

Santiago aprovechó la licencia que se le daba, y volvió.—Y regresó á Ceuta en su barca.—Y tornó á *Tetuán* con un falucho.—Y se marchó de

nuevo.—Y apareció al cabo de quince días con un falucho más.—¡Y siempre pretextaba... que, pasando por aquellos mares con rumbo á la Argelia, había tocado en *Río Martín*... sólo por ver á sus amigos y traerles tal ó cual cosa que había prometido regalarles!...

Y los Moros se acostumbraron á ver los barcos de Santiago, y *Moro y Santiago estar cada vez más amigos.*

Y Santiago subió entonces sus tres faluchos hasta la misma *Aduana*; y el Administrador y él se entendieron; y corrió el oro; y el comercio de víveres, que no pudo plantearse oficial y públicamente, empezó á hacerse de un modo privado y clandestino, no ya por cuenta de nuestro Gobierno, sino por cuenta de Santiago; y Santiago se enriqueció; y penetró en *Tetuán*; y se quedó allí algunos días, fingiendo encontrarse enfermo, y todo el mundo simpatizó con él; y compró una casa; y la obró á su modo; y desparramó un centenar de duros con cierto tino; ¡y cádate á Santiago establecido en *Tetuán* con su mujer y toda su parentela!

Pero pasaron los siete años que llevo dichos, y España declaró la Guerra á Marruecos.

—¡Santiago es un espía!—exclamó entonces un envidioso, indudablemente Judío.

—¡Santiago nos vende!—repitió un Moro patriota.

—Santiago es Español...—meditó el Gobernador de la plaza.

—¡Santiago es Cristiano!—dijo un fanático rechinando los dientes.

—¡Muera Santiago! ¡Muera el perro Español!—gritaron, finalmente, todos los Hebreos, que no dormían pensando en la fortuna del andaluz.

Pero Santiago había adivinado todo eso muchos días antes de publicarse la declaración de

Guerra, y escapábase la víspera con su mujer y sus deudos, todos disfrazados de Moros, escalando la muralla de la ciudad á favor de las tinieblas de la noche, bajando por el *Martín* con sus tres faluchos y ganando la mar antes de rayar el día.

Se llevaba todo su dinero, y dejaba confiados sus ganados y lo mejor de sus muebles á algunos amigos leales, de quienes dice que no recela una traición.—Su casa, en fin, quedó á merced del primero que quisiera entrar y robarla...

—De este modo (dice Santiago con mucho talento) habrán tenido algo en que cebar su furia, y olvidado que yo poseía también huertas y baños.

Tal es mi hombre; tal es el guía, el intérprete, el diccionario, el mapa, el cronicón y el amigo que mi buena suerte me ha deparado en una pieza.—Sus faluchos han venido en pos de la División Ríos, y ayer penetraron triunfantes en la misma ría de que salieron fugitivos hace poco más de tres meses.—Santiago se propone entrar en *Tetuán* con el Ejército, y se pasa el día y la noche haciendo cálculos, no sobre lo que habrá sido de su casa ó de las personas á quienes confió sus bienes, sino sobre la indemnización que pedirá por todo ello el día que se firme la paz...

¡Creo que no puede darse mayor previsión!

.....
En cuanto á mis relaciones con este hispano-africano, debo decir que son consecuencia de una novedad que ha ocurrido en mi vida de soldado.—Desde anoche habito en el Cuartel General, como *ordenanza* del general O'Donnell (1); lo cual quiere decir que he tenido que separar-

(1) Pocos días antes, al regresar de Ceuta, había tenido la honra de ser presentado particularmente al General en Jefe, á quien ya era deudor de muy corteses atenciones por resultas de mi pasada dolencia.

me, y no sin profundo sentimiento, del TERCER CUERPO de Ejército, al que he pertenecido desde que salí de España, y seguiré perteneciendo de derecho, como individuo, que no he dejado de ser, del Batallón de *Ciudad-Rodrigo*. Este cambio de *domicilio* me ha parecido indispensable para la mejor continuación de la presente obra.

Ahora bien: al incorporarme al Cuartel General del General en Jefe, me he *arranchado* con aquellos amigos míos de que ya os hablé en la *Mezquita*, Aníbal Rinaldy y su sapientísimo maestro, filólogos del Oriente é intérpretes oficiales del Conde de Lucena; y estos preciosos compañeros de tienda (muy más preciosos para quien, como yo, escribe una Guerra hispano-árabiga) me han proporcionado, entre otras ventajas fáciles de comprender, la importante amistad del buen Santiago, con quien ellos la habían contraído hace dos meses en Ceuta.

Háblase, pues, el árabe en mi tienda á todas horas, y háblase además el francés. Porque he de advertir que también habitará en ella desde hoy el afamado dibujante parisiense Mr. Charles Iriarte, que se encuentra en Africa desde el principio de la Guerra como corresponsal del *Monde Illustré*, y á cuyo lápiz se deben la mayor parte de los *croquis* con que aparece ilustrado el presente libro (1).

Santiago, por su parte, había resuelto habitar en uno de sus faluchos, anclado en la ría, á pocos pasos del Cuartel General; pero notando yo que deseaba vivir con nosotros, á fin de estar en más inmediato contacto con gentes que podrán servirle mañana para redimir sus bienes de *Tetuán*, le he dado hospitalidad en mi tienda, á condición de que *la cocina y el comedor de la*

(1) La primera edición de esta obra se publicó con muchos grabados.

casa estén en el falucho, donde puede guisarse con más aseo y comodidad.—Para ello, el sirio Rinaldy, el francés Iriarte, el cosmopolita Mustafá, el africano Santiago y el español que vuestra mano besa, han reunido en dicho barco los víveres que llevan consigo y las raciones que les da la Administración Militar, todo lo cual promete unos espléndidos festines marítimo-guerreos y artístico-literarios que, á juzgar por el de hoy, harán más llevadera algunos días esta durísima vida de campaña.

.....
 Conque vamos á las prometidas noticias.

Acabo de dar un gran paseo por estos contornos acompañado de Santiago, quien me ha ido explicando la significación de muchos sitios y objetos á medida que excitaban mi curiosidad.

Cuando emprendimos nuestro paseo (él en mi borriquillo moruno y yo á caballo) serían las diez de la mañana... Adivino que os ha asaltado el recuerdo de Don Quijote y de Sancho Panza.—Yo también los he recordado hoy muchas veces, al ver á Santiago (que, por señas, es gordo y de pequeña estatura) caballero en su rehacio pollino, y al considerarme á mí (que soy flaco) con la tizona al cinto y molidos los huesos de tanto cabalgar, buscando aventuras sin ejemplo á costa de regalo y de mi salud.

El día estaba hermoso, y el Sol calentaba mis mojadas vestiduras, alumbrando de paso el Universo Mundo...

Tetuán... (¡siempre *Tetuán*!) parecía encontrarse más cerca á causa de la diafanidad del aire. Las líneas de sus casas aplanadas y blanquísimas, de sus torres y de sus fortificaciones, se dibujaban con una precisión y una limpieza tales, que más que un gran pueblo remoto, figurábase estar viendo, al alcance de la mano, una ciudad en miniatura.

¡Y yo la miraba siempre! Y al considerarla tan sola, tan quieta, tan silenciosa, sin humos durante el día y sin luces durante la noche, creíala una ciudad muerta y osificada, símbolo perfecto de la vida social de los Moros, refractaria á todo progreso, sumida en el sueño letal de un estúpido fatalismo... O bien discurría más humildemente, viniendo á la cuestión del momento, al interés de la Campaña, y me imaginaba que en *Tetuán* no se divisan luces ni humo porque la ha abandonado completamente la población... Y entonces temía verla volar en escombros el día que penetre nuestro Ejército en ella, y hasta me fingía al esclavo negro que velará con la mecha en la mano, dentro de un subterráneo lleno de pólvora, esperando á que resuenen nuestras cornetas por las calles de la ciudad, para destruirla, nuevo Sansón, sobre los enemigos de su fe...

En tanto que yo me devanaba así los sesos, mi *cicerone* estaba melancólico. ¡Era la primera vez que recorría el llano después de su precipitada fuga, y cada lugar, cada cosa, le recordaba goces de la juventud, la familia ausente, su hacienda abandonada y tal vez deshecha!

Sin embargo, á veces tenía ratos de entusiasmo y alegría, y era que, como Español, no podía menos de ufanarse de recorrer triunfante, dominador y libre, la tierra en que hace pocos meses pesaba el despotismo musulmán, y donde le trataban como de peor condición que un caballo ó que un Judío; la tierra en que mil veces había oído insultar á su Patria y desconocer su poder y su grandeza; la tierra, en fin, donde antes se escarnecía impunemente la Religión de Cristo...; Religión que, en medio de todo, era la de Santiago, ó al menos la de su familia... ó la de sus mayores.

—¿Quién diría que es éste el *Valle de Te-*

tuán?—exclamó al fin mi amigo en un momento de conmiseración hacia los Moros.

Este era el tono en que yo quería oírle hablar.

—¿Qué pasaba aquí antes de la Guerra?—le pregunté, pues, apresuradamente.

—Todas estas praderas (me respondió) estaban cubiertas materialmente de ganado particular y del Gobierno. Por todas partes se veían yeguas, rebaños de cabras y de ovejas, vacas enormes, piaras de cerdos...

—¿Cómo de cerdos? (exclamé con extrañeza). Pues ¿no los aborrecen los Moros?

—Los aborrecen, sí, y hasta les tienen un miedo cerval, sobre todo los fanáticos, las mujeres y los niños... Pero aquellos cerdos eran míos, y mi habilidad se cifraba en obligar á los Mahometanos con regalillos á que me permitiesen criar aquellos monstruos, y llevármelos después á Gibraltar, donde los vendía.—Fuera de esto, y para que forme usted idea del horror que á los fanáticos les causa el ganado porcuno, bastará decirle que, cuando los grandes cazadores de la comarca (pobres miserables muchos de ellos) mataban un jabalí en la próxima sierra, porque les salía al paso y no tenían otro remedio, en lugar de traerse la fiera á su casa y mitigar con ella el hambre de su familia, abandonaban la pieza muerta, me buscaban á mí ó á algún otro Cristiano, y nos decían:—“¿Qué me *regalas* y te digo dónde acabo de dejar tendido un jabalí?”—“Te regalo tanta pólvora, ó tantas balas, ó tanto café...” (respondíamos nosotros). Y el cazador nos llevaba entonces á la sierra; nos enseñaba desde lejos una masa cerdosa que se veía entre las jaras, y huía como si hubiera cometido un gran pecado.

—Y ¿por qué decían “*qué me regalas*”, y no “*qué me das en cambio*”?

—Porque su Ley (en eso es justa) no les permite enajenar por dinero las cosas que les prohíbe poseer. Un Moro no puede poseer ni cerdos, ni monas, ni otros semovientes; y como para vender una cosa es preciso tener antes dominio sobre ella...

—A propósito de monas (interrumpí yo): ¿dónde diablos se esconden esas célebres hijas de *Tetuán*, que no las vemos por ningún lado?

—No están muy lejos... ¿Ve usted aquellos cerros nevados? Pues allí hay miles de ellas.

—¡Ah! En el *Atlas*.

—Sí, señor. —Allí tenía yo mis ganados durante el estío; y al empezar el otoño, veía bajar las monas á las viñas de los valles de *Benimadán*, que linda con éste.

—¿Cómo! ¿Aquí hay viñas? Pues ¿no es pecado... moro beber vino?

—Pecado moro es; pero ¿hablamos de las viñas ó de las monas?

—Primero de las monas.

—Pues bien: las monas bajaban á las viñas á comer uvas, y los Moros se divertían entonces en correrlas á caballo, como nosotros hacemos con las liebres. Una vez en tierra llana, las monas se cansan pronto... Echábanles, pues, mano sus perseguidores, y las cogían vivas.—Pero como tampoco pueden poseerlas, las traspasaban (no diré las *vendían*) á los Judíos, quienes se las llevaban á Gibraltar, donde los ingleses las pagan muy caras.

—Hablemos ahora de las viñas...

Santiago se sonrió.

—Mire usted... (exclamó al cabo de un momento). Aquí, como en todas partes, los libros mandan una cosa y los hombres hacen otra...

—Sin embargo, los Musulmanes son muy fieles á su Religión...

—Sí, ; más que nosotros á la nuestra! Pero

eso no quita para que tengan también sus herejes.—Por lo demás, ya sabe usted que las uvas, antes de ser vino, son uvas, y á los Moros no les está prohibido comerlas. Muchos las convierten en pasas, y otros las venden á los Judíos, quienes pueden emborracharse sin faltar á su Religión, con tal que el vino esté hecho por su propia mano... Y, en fin... (ya se lo he dicho á usted), los mismos Moros beben de contrabando...—; Cuando entremos en *Tetuán*, brindaremos con algunos de ellos, y verá usted qué cosa tan particular es un Moro medio alegre!...

En esta forma continuó nuestra plática, que no transcribiré letra á letra por no hacer interminable mi relación; pero allá va un resumen de lo demás que me ha referido Santiago y de lo que yo he visto durante nuestro paseo.

Este feracísimo valle mide dos leguas de ancho y dos de largo; y, aparte de la Ganadería (que, como habéis oído, era aquí muy cuantiosa), la Agricultura y hasta la Industria pedían á esta tierra su inagotable savia.—Así es que, por dondequiera que se camine, vense chozas de labradores, eras, corrales, cortijos, sembrados y aperos de labranza.—Los principales productos de estos terrenos eran melones, maíz, trigo, sandías, patatas y tabaco.

Los tres ríos que cruzan el valle se llaman el *Martín*, el de la *Judería* y el *Alcántara*.

El *Martín* baja por la izquierda, pasando cerca de la aldea de *Benimadán*, pueblo disperso y diseminado, al modo de algunos de la montaña de Santander. Es navegable hasta la *Aduana*, y aun durante las grandes lluvias se ha subido hasta las huertas de *Tetuán* en botes de poco calado.—La *barra* que forma al desembocar en el mar es muy peligrosa, é inaccesible cuando reina el Levante, pues la cubre muy poca agua; pero tiene

una especie de portillo, por donde han entrado alguna vez buques de alto bordo.

El río de la *Judería*, que también muere en el mar, baja por la derecha del llano, y entre él y el *Martín* forman casi todas las lagunas.—En ellas se cazan patos por el otoño, y en todos tiempos es irresistible el canto de los millones de ranas que contienen.

Del río *Alcántara* hablaré después.

Al lado allá del río de la *Judería* hay unas salinas bastante ricas, propias de algunos vecinos de *Tetuán*, sobre todo de un personaje importantísimo llamado *El Santo*.—En cuanto á las *Lagunas*, aunque están más bajas que el nivel del mar, todas son de agua dulce, y ninguna medirá arriba de quinientos pasos de diámetro.

En los cerros de *Benimadán* (estribaciones del *Atlas*) me ha hecho columbrar Santiago señales de minas que allí hubo. Eran plumizas y muy buenas; pero, cuando empezaron á producir, el difunto Emperador de Marruecos dió dinero á los franceses que las laboraban, con tal que las abandonasen, como en efecto las abandonaron, y entonces las mandó cegar completamente.

—; Hubiera usted visto esa playa los veranos! (exclamó luego Santiago en otro acceso de melancolía). Toda ella se poblaba de tiendas de campaña de familias acomodadas de *Tetuán*, que bajaban á bañarse en el Mediterráneo.—Durante las horas de calor, todo el mundo dormía..., pero á la tarde, ;qué animación, qué fiesta, qué alborozo!—Las mujeres se reunían á jugar en un lado, y, á mucha distancia de ellas, hacían lo mismo los hombres.

Las pobres Moras gritaban, bailaban, cantaban ó corrían por la orilla del mar, agitando sus blancos mantos, como gaviotas que quisieran tender el vuelo y visitar otros horizontes.—; Qui-

zá habían oído hablar de que, á la opuesta orilla del Mediterráneo, la mujer era más libre, más querida y respetada, y soñaban con escapar de la tiranía de sus actuales esquivos dueños!...

Entretanto, los Moros fatigaban el llano con sus ágiles corceles; corrían la pólvora; luchaban; se ejercitaban en el manejo de la gumía, ó bien fumaban perezosamente, mirando con ojos codiciosos aquellas naves que cruzaban hacia el Estrecho de Gibraltar, ó aquellas costas que se extendían al término del horizonte... ¡Naves y costas eran cristianas: unas y otras europeas; unas y otras, enemigas irreconciliables de los Agarenos y de su Dios!...—¡Ah! ¿Qué se habían hecho los grandes piratas Mahometanos?

Luego salía la Luna, la bella Luna del estío de Africa... Y el hombre buscaba á la mujer; y el mar y la ría se poblaban ó parecían poblarse de tritones y nereidas...

¡Y nosotros estábamos allá, en la vecina costa, á un paso de tales misterios, entregando nuestra alma en los desabridos goces de nuestra decrepita civilización!...

Comprenderéis que estas últimas cosas no me las decía Santiago al pie de la letra, sino que las pensaba yo, glosando á mi manera sus revelaciones y noticias.

.....
En esto habíamos llegado á la *Aduana*.

La *Aduana* es un vasto edificio, mal conformado, casi nada oriental en su aspecto, cuyas puertas, ventanas y alacenas parecen hechas por maestros andaluces. Sus puertas son cuatro, y cada una da entrada á cierto número de habitaciones, incomunicadas con las demás.

Los patios y los extensos aposentos bajos revelan claramente que estaban destinados á almacenes de mercancías. Las escaleras, pinas y angostas, y las puertas, sumamente estrechas,

tienen mucho carácter morisco. En los pavimentos y en el zócalo de las paredes vense algunos groseros alicatados que recuerdan el estilo de las losetas valencianas.

Los muchos corredores que atraviesan el edificio en todos sentidos, dan entrada á más de cincuenta tugurios ó pequeñísimas celdas nada interesantes.—En ellas se alojaban los mercaderes, mientras que la Administración de Rentas del Imperio examinaba sus géneros y les marcaba los derechos de importación ó exportación.

Tosco vidriado roto, esteras de junco, utensilios de palma, lechos de hierbas secas, vestigios de víveres y de pólvora, y algunos harapos que habían sido turbantes y albornoces, hacían hoy de aquellos abandonados aposentos unas verdaderas pocilgas. Y (¡singular contraste!) al lado de semejante suciedad llamaba la atención el ver admirablemente blanqueado hasta el último rincón de la más obscura estancia.—Particularidad es ésta que he notado en todos los edificios moros.

—La cal (me dice Santiago al oírme hablar de ello) es la manía de los Marroquíes. El más sucio y miserable mendigo blanquea su vivienda todas las semanas.

En el edificio de que tratamos hay un departamento independiente que merece especial mención, por ser más artístico y lujoso que los otros, y por haberlo habitado (probablemente hasta hace dos días) el Administrador del Sultán.

Aquel departamento de preferencia se reduce á una escalera revestida de alicatados y alizares, á una azotea, á un cuartito y á una gran sala cuadrada.

Esta sala (la del *diván*, según la llamó Santiago) tiene en medio una esbelta columna del más puro gusto árabe, que sostiene un precioso

y labrado techo. El pavimento es de mosaico de colores, así como la parte inferior de las paredes. Dos ventanas con cristales y de bien trabajadas maderas dan luz á la habitación cerca del suelo.—De este modo, el señor Administrador, sentado *sobre sus pies*, podía ver el magnífico paisaje que se descubre desde ellas.

—Aquí (me decía mi amigo) se reunían á fumar y callar algunos Moros ricos y dos ó tres Ingleses que componían la tertulia del alto funcionario marroquí. Alrededor de toda la sala había una especie de cama corrida ó sofá muy bajo (un diván, en fin) de damasco verde, y sobre él gran multitud de almohadas y cojines de todos tamaños y figuras. ¡Cuántas veces he venido yo á esta habitación á dejarme desollar por aquel perro, y he encontrado más de veinte haraganes tendidos á la larga en torno mío, mirándome con ojos estúpidos, envueltos en el humo de sus pipas, y aspirando los olores narcóticos que despedían los braseros, atestados de mirra y de benjuí!—¡Cuántas veces me he apoyado en esa columna, embriagado materialmente por semejante atmósfera, y confundido ante aquellas miradas, ante aquel silencio y ante la sonrisa irónica del Administrador!...—Siempre que me veía (eran sus palabras), “se ponía á calcular qué le sería más conveniente: si hacerme cortar la cabeza y robarme todos mis bienes y tesoros, ó dejarme vivir hasta que los acrecentase más”.— ¡Ira de Dios! ¡Que no me lo encontrase ahora!

Salimos de la *Aduana* en ocasión precisamente de pasar por allí el general García con sus ayudantes y una pequeña escolta.

El infatigable jefe de Estado Mayor iba á practicar un reconocimiento en la parte alta del llano; es decir, á enterarse de cuál será el mejor camino para avanzar en su día sobre *Tetuán*

con la Artillería rodada y con un tren de sitio que recibiremos pronto de Sevilla.

La coyuntura no podía ser más á propósito para que Santiago y yo continuásemos sin riesgo alguno, por el lado allá de nuestras avanzadas, el reconocimiento artístico que íbamos haciendo... Me agregué, pues, al general García, y, pasados unos pocos minutos, hollábamos ya terrenos todavía vírgenes de pisadas de nuestras tropas...

—¡Buena ocasión para ver el *Cementerio Cristiano!*—me dijo entonces Santiago, llamándome aparte.

—¡Cómo! ¿Qué Cementerio?

—El destinado por los Moros á recoger los restos de los católicos y protestantes que mueren en esta tierra.

—¿Qué dice usted? ¿Los Moros entierran á los Cristianos?

—Sí, señor; lo cual es tanto más de agradecer, cuanto que (como usted sabe) si algún Mahometano muriese en España, no encontraría ni la sombra de un árbol en que dormir el sueño eterno...

—¡Oh..., sí! ¡Los Moros son hospitalarios hasta con la muerte!—dije yo por decir algo.

En esto habíamos llegado ya á un pequeño recinto cercado de pitas, cubierto de copiosa hierba, y atravesado de Norte á Sur y de Oriente á Poniente por dos fajas de empedrado que se cruzan en el centro de la final morada.

—¡Ahí tiene usted el famoso *Cementerio Cristiano!*—exclamó mi amigo.

No le respondí. Yo había formado ya mi composición de lugar, y encontrado que nuestro enterramiento era inmejorable.—Aquella extensa cruz, trazada con menudas y blancas piedras sobre toda su superficie, parece como que estrecha entre sus brazos á los fieles que yacen en aquel

suelo enemigo...—Creyérasela un escudo que los protege, una madre que los cobija, la espada de un querubín que los guarda.

Anchos y profundos fosos, abiertos por la parte interior de la cerca, rodean completamente el lugar sagrado, convirtiéndolo en una especie de Isla... (¡así debía ser!); y el *Martín*, que pasa besando aquella fúnebre colonia de europeos, suspira blandamente al alejarse de ella, como si llevase á la mar algún mensaje de cariñosas memorias, ó cual si compadeciese á los que bajaron á la tumba lejos de la Patria.

.....
Pocos pasos más allá vi en el suelo algunos surcos circulares.

—Aquí ha habido tiendas...—exclamé.

—¡Y no pocas! (respondió Santiago). Mire usted por esta otra parte...

Era indudable que los Moros habían tenido allí un gran Campamento durante muchos días.

—Acamparían en este llano (observó el astuto mercader) cuando creían que *los Españoles* iban á empezar la Campaña desembarcando en *Río Martín*...

—¡Nos llama *los Españoles!*— reflexioné yo con disgusto.

Millares de cáscaras de naranjas alfombraban, por decirlo así, el lugar que había ocupado el Campo moro. La cebada esparcida por los sitios en que estuvieron sus caballos había nacido ya, y algunas manchas negras que se veían en el suelo eran de pólvora, disuelta por la lluvia...—
¡Pobres Marroquíes!

Más adelante, marchamos por una estrecha carretera empedrada.—Esta carretera, ó, mejor dicho, esta calzada, construída sobre un terreno muy pantanoso, se prolonga como un cuarto de legua, pasando sobre dos puentecillos de un solo ojo, labrados con piedra y cal, y echados, el uno

sobre el *Río Alcántara*, y el otro sobre una cenagosa acequia.

Al fin del empedrado empiezan unas praderas extensas y lozanas, muy encharcadas casi todas; pero con tal disimulo, que no lo echa uno de ver hasta que el caballo se ha atascado en ellas.

Finalmente, volvimos á dar otra vez en el *Río Alcántara*, que culebrea mucho por el valle.

Allí se había detenido el general García buscando un vado, que acabó por hallar, y que le condujo á terreno más consistente.

Yo seguí en pos suyo, mientras que Santiago, por el bien parecer, ó por no ser muy dado á aventuras bélicas, quedaba con su humilde cabalgadura á la orilla del río.

En cuanto á nuestros caballos, fatigados de luchar con el lodo ó de resbalar con las piedras, complaciéronse mucho en correr y caracolear sobre aquel prado, terso y mullido como una alfombra de terciopelo.

Así adelantamos otro cuarto de legua, siempre examinando el horizonte, donde no aparecía sombra viviente, ó devorando con la vista á *Tetuán*, que iba agrandándose á nuestros ojos...—De las tiendas moras estaríamos ya unos 1.700 metros.

En esto vimos alzarse blanca y espesa humareda al pie de las más bajas; oímos un lejano estruendo; percibimos en el aire una trepidación parecida al ruido de la locomotora, y vimos caer cerca de nosotros y sumergirse en la tierra una voluminosa bala de cañón.

—¡*Tienen cañones!*—fué nuestra primera frase. Y yo sentí cierto patriótico remordimiento por haberlo deseado.

—Tiran de la llanura...—dijo el general García.
—Es que han atrincherado y artillado su Campamento—añadió un ayudante, alargándole el anteojo.

Durante estas reflexiones había caído otro pesado proyectil al pie de nuestros caballos.

—¡No apuntan mal!—exclamaron los que habían corrido más cercano riesgo.

—Vamos *adelante*...—añadió tranquilamente el jefe de Estado Mayor.

Y aun avanzamos 500 metros andando al paso, mientras que los Moros dispararon seis ú ocho cañonazos más.

—¡Si creerán que vamos á tomarles el Campamento veinte hombres solos!—iba yo pensando.

El general García se detuvo al fin.

Desde aquel paraje se distinguía perfectamente toda la llanura.—Estudió, pues, la dirección de los tres ríos; el lugar de cada pantano; la naturaleza del terreno, y la disposición relativa de *Tetuán* y de los Campamentos enemigos; y, después de ver venir otros dos ó tres disparos muy bien graduados, y que, á haber sido hechos con proyectiles huecos, nos hubieran estropeado indudablemente, volvió grupas sin hablar palabra, y emprendió la marcha á *Fuerte Martín*.

Ya era tiempo, pues empezaba á llover.—¡Medía hora había bastado para convertir la más transparente atmósfera en un celaje nebuloso!

¡Pero hoy, á lo menos, nos ha cogido el turbión con las tiendas plantadas!

En este momento, que son las once de la noche, llueve todavía con tanto ímpetu como si no hubiese caído una gota de agua hace diez años... ¡Pícaro Alá! ¡Cómo se conoce que es nuestro enemigo!

Sin embargo, yo estoy muy contento: 1.º, por haber conocido á Santiago; 2.º, por las muchas cosas que he averiguado hoy; 3.º, porque ya he oído zumar sobre mi cabeza balas de cañón, y 4.º, porque ya sé que los Moros tienen cañones...

XXXI

Contemplación.

En el río, á bordo del *San Cayetano*.—Día 19.

No ocurre novedad.

Desembárcanse muchos miles de raciones.

Empréndense las obras de fortificación de la *Aduana* (destinada á gran *Almacén* de víveres, por si la mar vuelve á incomunicarnos con nuestros barcos) y la construcción de un *Reducto* en la extrema derecha de nuestra vanguardia, casi en el centro de la llanura.

(Se llamará *Reducto de la Estrella*, por tener la forma de tal.)

Tetuán sigue durmiendo, y los Moros no se presentan por ninguna parte. Pero su Campamento, cercado de trincheras, crece diariamente, apoyándose en el mismísimo llano, ó sea en las huertas de *Tetuán*.

Por lo demás, todo el resto del valle está por nosotros, y nuestros soldados se alejan durante el día hasta una legua de sus tiendas, sin encontrar ni un solo enemigo.

Vivimos con más comodidad, aseo y abundancia que antes.—La proximidad de un gran río, la cercanía de un buen fondeadero y la curiosidad que inspira esta comarca, nos proporcionan recursos y distracciones, así como visitas de Gibraltar y del litoral español...

Todos los días llegan nuevos industriales y comerciantes, y va estableciéndose en la playa un gran *Mercado*, en el cual, si bien á peso de oro, hallamos muchas cosas de que carecíamos.

A mayor abundamiento, cerca de mi tienda se alza una *Fonda Francesa*, instalada en una barraca enorme, donde se pasan ratos muy agradables...

En fin, ya no hay cólera, sino muy poco y muy ligero en la División Ríos, que, como recién llegada, sufre los efectos de la aclimatación.

La Campaña, pues, ha templado ya sus rigores.

.....
Iriarte, los intérpretes y yo nos venimos por las tardes con Santiago á bordo de su falucho *San Cayetano* (anclado en *Río Martín*, muy cerca de nuestro Campamento), donde nos aguarda una de aquellas estimulantes y sabrosas comidas que hacen célebre la cocina marinera.

Aquí, tendidos *sobre cubierta*, bajo un toldo hecho con una vela latina, aplicamos el vaso de cinc á un voluminoso tonel de rico mosto, y hablamos indistintamente de España ó de Marruecos, entre bocado y bocado, entre libación y libación.

Por la parte de proa se ve á *Tetuán*; por la de popa se extiende la *Ría* y el *Mediterráneo*.

A estribor se alzan todos nuestros Campamentos, donde resuenan en este instante los acordes de una banda militar que toca la sinfonía de la *Semíramis*; y detrás de las tiendas asoma el bosque de mástiles de tantos y tantos buques surtos en la rada.

Mirada así la playa, á la indecisa luz del crepúsculo, hace el efecto de una grande y populosa ciudad marítima.—Las tiendas parecen más altas... El humo de los vivacs semeja salir de otras tantas chimeneas. Los rumores de mil conversaciones, el relincho de los caballos, los golpes de los mazos sobre las estacas, los gritos remotos de las maniobras de los marineros: todo remeda el ruido de los talleres, el estruendo de las fábricas, el eco de tareas urbanas y pacíficas.

En primer término se distingue el Cuartel General del General en Jefe, anchísima calle formada por corpulentas tiendas, en la cual se pa-

sean ahora mismo, como si fuera en el salón del Prado, O'Donnell y Prim, departiendo tranquilamente; varios oficiales extranjeros; el Conde d'Eu (príncipe de la familia de Orleans), que ha llegado hoy, vestido con el honroso uniforme de Húsar de la Princesa, y que militará á las inmediatas órdenes del General en Jefe; muchos otros generales y oficiales; algunos paisanos; más de cien personas, en fin...—Es completamente un simulacro de la vida social, que nos recuerda antiguas costumbres, llevando nuestra imaginación á Madrid, donde en este momento se estarán paseando tantos amigos nuestros, y tantas amigas...

A babor, ó sea al otro lado del río, se descubre una campiña verde, sola, dilatada, que muere al pie de adustos montes velados ya por la vespertina niebla. En medio de esa campiña se ven unas trescientas vacas de nuestra propiedad, que pacen sosegadamente.—Semejante cuadro pastoril tiene también su encanto, y habla al alma el dulce lenguaje de otros recuerdos más ó menos bucólicos y permitidos...

Las estrellas empiezan á tachonar de puntos de oro la inmensidad del espacio. La luz del día se extingue lentamente. El mar, hoy apacible, reluce como un espejo de acero. Las aguas de la ría toman, por el contrario, cierto color de ópalo, cuya suavidad se refleja en mi fatigado espíritu...

Estos momentos de calma y de reposo me infunden la más grata melancolía.—Véome en posesión de un bien soñado, y experimento aquella plácida tranquilidad que produce la dicha á los que no están acostumbrados á ella. Aquí recuerdo aquella otra tarde que pasé hace mes y medio en los montes de Málaga, á la puerta de un cortijo, viendo á lo lejos el litoral de Africa, y oyendo el sordo eco de los cañonazos de la

acción del 9 de Noviembre... El deseo que me asaltó entonces de venir á la Guerra, á seguir la suerte de mis compatriotas, y el anhelo anterior, que ha llenado toda mi vida, de visitar la tierra de los Moros, vense ya realizados afortunadamente.—¡Esta es *Africa!* ¡Aquél es *Tetuán!*... La espada del soldado aventurero me asiste ahora, como ayer la lira del trovador apesarado, como antes el báculo del peregrino que buscaba un nombre.—¡Todo es verdad en la vida!... ¡Quizá lo único que hay falso en ella es la idea de la muerte!

¡Morir!... ¡Yo no lo comprendo!—Cuando todas las ilusiones terrenales se realizan; cuando toda necesidad tiene su satisfacción en la Naturaleza; cuando todas las esperanzas mundanas llegan aquí abajo á seguro cumplimiento, ¿cómo no ha de realizarse, satisfacerse y cumplirse nuestro deseo de inmortalidad, nuestra ansia de conocer á Dios?—El amor, la gloria, la ambición, los ensueños del artista y del poeta, todo llega á convertirse, al fin, en hechos evidentes y tangibles, en logros materiales...—¿Cómo ha de ser vana quimera el ideal más sublime, la inspiración más constante de nuestra alma?

¡Ah, sí! ¡La muerte es mentira!—*La muerte es despertar de un sueño*, como dijo nuestro gran poeta.

XXXII

De cómo celebró el Ejército de Africa los días del Príncipe de Asturias.—Combate solemne.—Nuestra Infantería forma el *cuadro*.—El Conde d'Eu.—La Caballería española y la marroquí.—Gran Parada.

Campamento de Guad-el-Jelú, 24 de Enero.

Después de tres días de completo descanso para todo el Ejército (menos para los Ingenie-

ros, quienes han trabajado sin cesar en el *Reducto de la Estrella*), despertónos ayer, 23, la poderosa voz de cien cañones, que, resonando en mar y tierra con redoblados ecos, nos hizo sospechar si se habría prolongado nuestro sueño más de lo permitido, é irían ya muchas horas de reñirse una gran batalla á que estaríamos faltando ignominiosamente.

Empero poco después observamos que el alegre toque de diana se unía al ronco són de tan extraño cañoneo, lo cual quería decir que estaba amaneciendo en aquel instante... (Y, en efecto, el lienzo de nuestras tiendas filtraba apenas una dudosa claridad.)—¿Qué significaban, pues, aquellos cañonazos tirados tan á deshora?

Pronto supimos que estábamos á 23 de Enero, día de San Ildefonso, y día, por consiguiente, del presunto heredero de la Corona de España...—Aquellos cañonazos eran, por consiguiente, salvas de pólvora sola.

Todos opinábamos lo mismo. Un día semejante no podía pasar como cualquiera otro. Los Moros acudirían, como siempre, al reclamo de nuestros cañones: si sabían que celebraban una fiesta, para turbarla, y si habían tomado los disparos por un segundo desafío, para recoger el guante y sostener el duelo al abrigo de sus nuevas trincheras.

Equipóse, pues, de guerra todo el mundo desde la primera hora del día; ensilláronse los caballos preventivamente; dióse la orden de acelerar los ranchos; requirió sus armas cada uno, y cundió, en fin, por todo el Campamento aquella febril animación y bárbara alegría que son ya entre nosotros indicio cierto de la proximidad del combate.

Y el caso fué que nuestros presentimientos se cumplieron.

—¡A caballo! (se oyó decir en el Cuartel Ge-